

Crónica Literaria

Por ALONE

"Chile, Una Advertencia Americana", semimemorias de Marcos Chamudes (Ed. Pec., 1972).

La batalla política, los ataques y contrataques en esa arena ardiente, el dar en ella golpes y también recibirlos para, en seguida contestarlos, constituyen, sin lugar a duda, el juego favorito y la pasión dominante de Marcos Chamudes.

Por eso, desde cierto punto de vista y, después de leer su reciente obra, podemos considerarlo un hombre feliz.

Ello se le nota en el estilo.

Nunca una queja personal, ni el menor desfallecimiento, tampoco un cuidado excesivo de la frase: prosa periodística corre desahogada por ancho cauce, ricamente, nutrida de hechos, de datos, de cifras, de personas y personajes que hablan y se mueven, con una especie de ímpetu entusiasta, como si le alegrara haber padecido tanto y estuviera dispuesto a seguir padeciendo.

¡Cuántas aventuras en su agitada existencia!

No las relata punto por punto. No hace memorias íntimas con destino a la posteridad, sino como él lo advierte, semimemorias donde los acontecimientos privados, a veces privadísimos, y los públicos de alta trascendencia se van entremezclando y unos a otros se eslabonan y explican.

El resultado es qué no puede, una vez empezada, suspenderse su lectura.

Lanzado al principio, durante su primera juventud, en el combate comunista, cuando el emprenderlo no era negocio, alcanzó rápidamente los primeros puestos, entró en la maraña de las intrigas y obtuvo una representación parlamentaria con la más elevada mayoría de votos conocida.

Si hubiera sido un fanático o un cínico, allí se habría quedado. No hay en el mundo capitalista posición más provechosa que la de luchador por el heroico partido empeñado en la redención del pueblo y el exterminio de sus explotadores. La libertad democrática los protege mejor que a sus partidarios, a éstos, en caso de fracasar, les aguarda, por lo menos, la esclavitud, castigo que la democracia liberal y el capitalismo condenan severamente, en nombre de sus principios y por su estructura orgánica, tanto como el comunismo lo ha incorporado teórica y prácticamente a los suyos. Díganlo Rusia, Cuba y demás regímenes totalitarios.

Consciente como nadie del peligro, testigo y hasta actor de sus accechanzas, la pasión de la lucha pudo en Chamudes más que los temores, más que la ambición y desértico.

No quiso seguir sometiéndose, cometió el pecado máximo, la culpa sin remisión: pensar. Ninguna religión lo perdona. La palabra hereje significa eso, pensar por cuenta propia, proceder según su personal conciencia. Tal crimen conducía antaño a las hogueras. La civilización le aplica tormentos más refinados, empezando por una difamación tan sabiamente y con tanta constancia aplicada como el día antes lo creaba en torno a sus fieles la consabida aureola.

Marcos Chamudes arrojó ésta desde el Congreso, renunciando a sus ventajas, derechos y prebendas; mas no para quedarse tranquilo y desengañado en su casa, sino satisfacer en la trinchera opuesta el ímpetu de su pasión, la del combate. Y esto cuando ya se veía o se preveía que el comunismo se iba a convertir positivamente en una inversión segura.

Naturalmente lo acusaron de vendido, tráfuga, traidor, etc.

¿Qué más se pedía?

La expulsión, este corte violento con el rebaño y la asfixia, iba a proporcionarle el supremo placer del hombre libre, la alegría, tal vez un poco satánica de ser él mismo, de oponerse, de rebelarse, desafiar y combatir. En suma, realizarse, obedecer a su destino.

A fin de eliminar en éste hasta la menor penumbra, toca el autor de estas semimemorias algunos detalles lindantes con la confidencia familiar necesarios para esclarecerlo. Sus padres llegaron a Chile poco antes que él naciera, allá por 1907, y establecieron una peletería que, como los negocios de otros judíos, bien manejada, prosperó. Llega el niño a la edad escolar y empieza sus estudios en el Instituto Nacional, donde se educaban los hijos de familias que lo preferían al Colegio de los Jesuitas o de los Padres Franceses y eran algo como la izquierda de la alta sociedad. Pero aunque sus compañeros distaban de los prejuicios religiosos, no habían abandonado los de índole social y se lo hicieron sentir, áspicamente. Escribe: "Por mucho tiempo no supieron mis padres el mal que me hicieron (pag.29) Para los niños de la aristocracia institutana, que por ser de familias liberales no eran menos arrogantes que el resto de su clase social ni menos crueles que todos los niños, yo no fui exactamente un compañero. No podía serlo, ya que, como me señalaban, era "el hijo del peletero de la esquina". Pero a mí, desde que yo recuerdo, nadie me ha amilanado ni doblegado en mi particular orgullo. No podría explicar por qué he tenido siempre este comportamiento, que me ha identificado con toda mi vida. El ser en este sentido distinto a mis familiares, mi madre lo atribuía al hecho de haberme amamantado una mujer del pueblo que, cuando no tenía con quien pelearse en casa, salía a provocar a las vecinas, jactándose de que a ella nunca nadie "le había bajado el moño".

Esta graciosa franqueza, de que no muchos serían capaces, le permite hundir el punzón en una de las pústulas más envenenadas de resentimiento que, entre otras de la antigua clase dominante, ha originado su decadencia, hoy día humadora, dándose así cumplimiento a la sentencia: "el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado".

Quienes gustan ver en las pequeñas causas el origen de los grandes efectos, pueden darse a calcular cuantas veces un saludo protector o una pregunta intencionada habrán sido la semilla de frutos ponzoñosos destinados a podrirse y apestar la atmósfera, desencadenando la infección de los contagios colectivos, de las epidemias mentales.

Herido en su dignidad juvenil, obtuvo Marcos Chamudes que sus padres lo trasladaran al Internado Barros Arana. Ahí respira otro aire, descubre el paraíso entre hermanos, saborea la misma satisfacción, sin duda, de los obreros que se afilian en un sindicato para enfrentar y afrontar a los patrones.

"Que las diferencias de clase y las luchas que ellas provocan son grandes motores de la historia —agrega— ha sido, entre sus errores, una de las innegables verdades formuladas por Marx".

Lo estamos viendo: los pobres soportan sin amargura las colas del hambre, no las "colas paradas" del orgullo oligárquico. Hacerlas bajar les compensa de todo. Este "mal de muchos", esta "tristeza por el bien ajeno", los teorizantes de la demagogia los llaman "reivindicaciones del proletariado, justicia social...". O bien, en lenguaje de economistas, "redistribución de la renta pública".

Hundiendo más a fondo su estilete, Marcos Chamudes, que no se muere la lengua para nombrar personas (y por ahí este libro va a levantar polvaredas) compara a su caso el de otro judío que ha asolado metódica, acelerada y drásticamente nuestros campos agrícolas, no por estar mal trabajados, ahora lo están peor, sino para bajarles el moño ¡y qué moño! a los terratenientes, a un a los menos latifundistas, a fin de levantar el suyo "empezando de cero...".

Buscando en nuestra literatura de polémica político-social puntos de referencia para ubicar estas memorias, sólo divisamos por de pronto uno que, entre muchas diferencias, como la del lenguaje, se asemeja y equivale a éste: la formidable "Tiranía en Chile" de Carlos Vicuña, ese explosivo, esa conmoción de una conciencia pública.